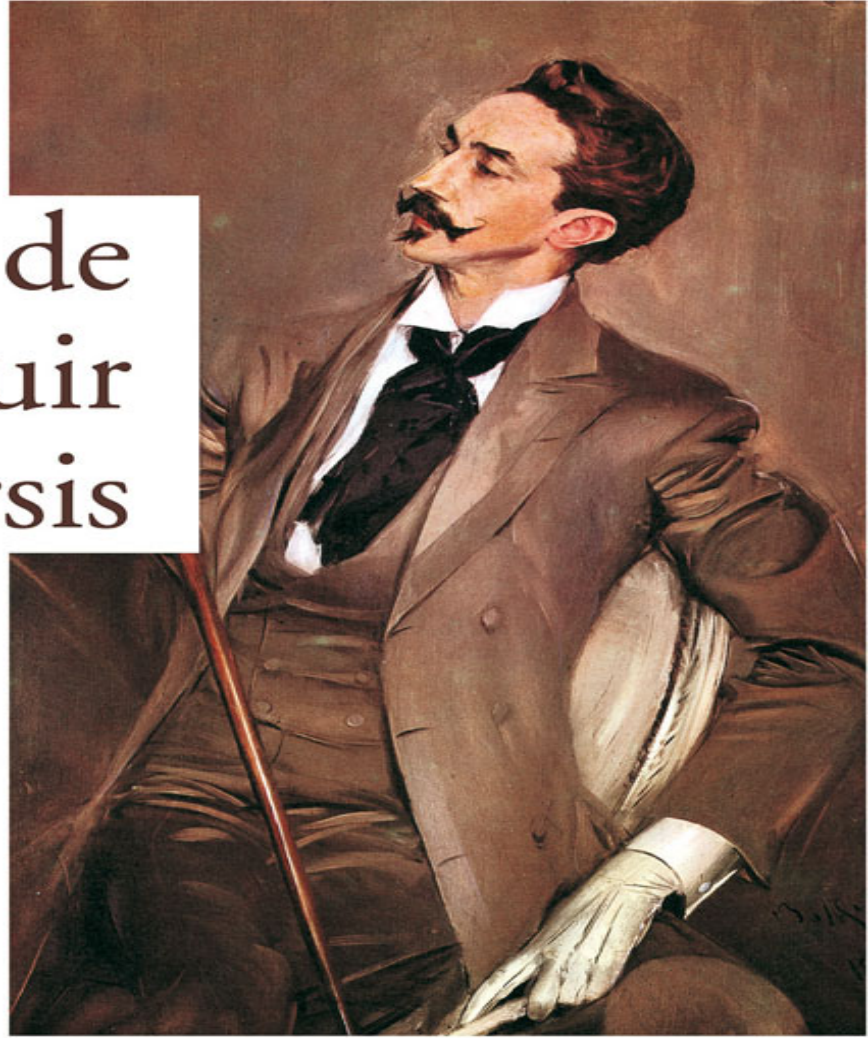


Francisco Silvela



Arte de
distinguir
a los cursis



Prólogo de Mario Merlino

Trama editorial

Francisco Silvela

La Filocalia

O

Arte de distinguir a los cursis de los que
no lo son

Prólogo de
Mario Merlino

Trama editorial

Márgenes del gusto

Después de haber leído tantos análisis (certeros, agudos, reveladores) sobre el tema del buen gusto y el mal gusto, el *Kitsch*, la sensibilidad con criterio selectivo frente a la conducta y su teoría implícita del «me da igual»; viviendo como vivimos en un mundo donde el terrorismo se combate con el terror y hay lágrimas de primer mundo que conmueven mucho más que los ojos secos del hambre; asintiendo (¿asistiendo?) complacientes a los mentirosos lemas de lo políticamente correcto, resulta por lo menos alentador encontrarse con el opúsculo *La Filocalia o Arte de distinguir a los cursis de los que no lo son*, publicado exactamente hace ciento treinta y cuatro años, en 1868, por el político y miembro de la Real Academia Española Francisco Silvela y de le Villeuze, en colaboración con S. de Liniers.

Como, cursilería mediante, hay personajes de la cultura que prefieren no citar las fuentes para no pasar por ignorantes, debo apartarme de esa tendencia algo envanecido y decir que supe de la existencia de Francisco Silvela (además de recorrer alguna vez la calle que lo nombra) gracias a un artículo de Enrique Tierno Galván, «Aparición y desarrollo de nuevas perspectivas de valoración social en el siglo xix: lo cursi», incluido en el

volumen *Desde el espectáculo a la trivialización*. Allí apunta una etimología de la palabra «cursi» aludiendo a la entrada en España en el primer tercio del siglo xix, por necesidades comerciales, de la letra cursiva inglesa. Cursi sería, pues, apócope de cursiva. Su explicación se sitúa en el conjunto más amplio de las relaciones entre escritura y comportamiento, como lo revelan el verbo «atildar» (ponerle tilde a la compostura) o el adjetivo «historiado», procedente de la expresión «letra historiada», que alude a algo o alguien lleno de adornos o colores mal combinados.

No es la única etimología en danza. Según Joan Corominas, la palabra nace en Andalucía, tomada del árabe marroquí *kúrsi*, que significa «figurón, personaje importante», variante metonímica de la palabra que designa «silla» y de otras acepciones como «ciencia», «sabio», «pedante», «presuntuoso». Como podrá observarse en el texto, Francisco Silvela propone varias explicaciones, entre ellas un sorprendente vínculo semántico con la *Corsica Insula* (Córcega) o con los habitantes del promontorio griego Coryce, que tenían fama de curiosos y la curiosidad es «vicio esencialmente cursi». Ramón Gómez de la Serna, por su parte, alude a un personaje de sainete llamado Reticursio, de modo que cursi resultaría ser en este caso aféresis de dicho nombre propio.

Sea por apócope, por aféresis o por semejanza fónica, la cuestión es que los rasgos que, según Silvela, definen la cursilería (o cursería) coinciden en buena medida con las reflexiones de otros escritores y/o estudiosos del tema. La

fórmula coloquial que mejor la caracteriza es aquella del «quiero y no puedo». Toda afectación, sea a través del exhibicionismo de los pedantes, el deseo de aparentar y, como actitud suprema, esa forma servil del pensamiento guiada por el temor a caer mal, está en la base de la cursilería. En su *Discurso leído ante la Real Academia Española* en abril de 1893, Francisco Silvela elogia a los españoles por haber sido los creadores de la expresión «buen gusto» aunque, muy insidioso, señala que es extraño, porque «sin disputa somos la nación en que más estragos ha causado y causa el mal gusto». Como ejemplos, se refiere a la inclinación por el énfasis y la solemnidad, el abuso del color y de la nota pintoresca, a la renuencia a estudiar e incorporar modelos y enseñanzas ajenas.

En *La Filocalia*, además, ya había señalado como rasgo de lo cursi la tendencia a la falsificación y a lo inauténtico. No sólo eso: su condena del consumo indiscriminado podría trasladarse, si tachásemos la fecha del opúsculo, a muchos comportamientos actuales que derivan de la ansiedad del nuevo rico por *parecerse cada vez más al rico*, un fantasma al fin y al cabo de la falsa conciencia. «Y es que todo se sabe, todo se ve, todo se desea, y hay la fantasmagoría de poseerlo todo; sólo que la piedra es cartón, el diamante *Straus*, el oro *doublé* y el roble pino pintado: lo único que hay verdadero son las telarañas, y los *cursis* que creen que detrás de cada telaraña hay un Tiziano o un Zurbarán. Artistas de catálogo, literatos de sección amena, graciosos de gacetilla, elegantes de prendería, sois unos *cursis*». Los